

Complejo de castración y Edipo en la niña: lógica de las operaciones respecto de la falta

Castration complex and Oedipus in the girl: logic operations over the lack

Por Verónica Llull Casado

RESUMEN

El recorrido del texto intenta retomar algunos de los lugares en los que tanto Freud como Lacan interrogan y responden respecto del devenir mujer de la niña. A tal efecto el desarrollo del artículo retoma como ejes centrales los desarrollos de la conferencia Freudiana sobre la femineidad tanto como los aportes Lacanianos sobre las categorías de la falta de objeto en relación con los tres tiempos lógicos del Edipo del lado de la niña.

Los aportes del texto intentan pensar una lógica que permita ubicar la secuencia de la subjetivación por parte de la niña de su relación con la falta. En tal sentido, la secuencia lógica que el texto ubica es la siguiente: privación de la madre -castración en la niña -castración en la madre- privación de la niña. Por último el trabajo del duelo por el falo viene a situar los dos desasimientos libidinales necesarios -la madre y el padre- reubicándolos en el campo de la significación fálica.

Palabras clave: Niña - Mujer - Categorías de la falta

SUMMARY

The route of the text tries to retake some of the places where both Freud and Lacan interrogate and respond respect to the girl becoming a woman. To this end article takes development as central developments Freudian conference on femininity as well as contributions on Lacanian categories of the lack of object in relation to the three times Oedipus logical side of the girl.

The contributions of text try to think a logical sequence that would put the subjectivation by the girl of his relationship with the foul. In this sense, the logical sequence that locates text is: deprivation of the mother-child castration-mother castration-deprived of the girl. Finally the work of mourning by the phallus is to place the two necessary libidinal disengaging mother-and father-relocating in the field of phallic signification.

Key words: Girl - Woman - Lack category

INTRODUCCIÓN

La feminidad constituye como tal un enigma para la propia mujer. La pregunta por qué es ser una mujer, será para Lacan (1955) la clave para pensar el amordazamiento del síntoma histérico. Pero la histeria dará la pauta del enigma que lo femenino comporta también para una mujer. Es decir, la histeria permite pensar que lo femenino resta también a su respuesta. La pregunta de Freud no es entonces qué es una mujer -su pregunta como se ve no es una pregunta sostenida de una enunciación histérica- sino cómo deviene una mujer -esto es, cómo una mujer puede avenirse a una posición femenina. Para responder a esta pregunta, el autor dirá que los contenidos psicológicos de activo y pasivo no sirven para dar cuenta de la diferencia sexual en términos de masculino femenino. A tal fin Freud va a introducir la consideración del lazo de la niña con el padre y para remitirse luego a un momento evolutiva y lógicamente anterior, con la madre. Allí la cuestión central es el papel del falo. En definitiva, la interrogación del desarrollo sexual de la niña y su devenir mujer requiere este pasaje por la relación de la niña al falo. Una mujer, será entonces el resultado de sus avatares en la relación del deseo al falo: su modo de atadura y desligazón al mismo.

Desarrollo

Ligazón madre pre-edípica.

Estrago materno

Para poder dar cuenta de este desarrollo Freud plantea la necesaria consideración de la fase que denomina de ligazón madre pre-edípica, donde el acento

está puesto en el lazo de la niña con la madre ahí donde el padre no ha devenido aún objeto de amor sino que se presenta como un puro rival.

Aquí el lazo de la niña con su madre es descrito a partir de la diversidad de deseos sexuales provenientes de las distintas apetencias erógenas de la niña. Mociones pulsionales orales, anales, e incluso fálicas entran en juego en este lazo, que Freud denomina por alguna razón lógica pre-edípico -y no pregenital. La niña es descrita aquí como un pequeño varón. Freud destaca para este momento el papel de la masturbación clitoridiana y la aparición consecuente del deseo de hacerle un hijo a la madre. La madre constituye sin lugar a dudas el objeto de amor de la niña -tal como el autor ya lo había afirmado tempranamente (Freud, 1916), para ambos sexos, el primer objeto de amor es la madre. El desafío que subrayará Freud consistirá que la niña logre trocar -además de la zona erógena rectora, el clítoris por la vagina- el objeto de amor -la madre, por el padre.

Ese será para Freud el movimiento central. La entrada de la niña en el complejo de Edipo. La misma estará precedida por el complejo de castración. Será precisamente este último el responsable del deslizamiento de la libido de la niña de la madre al padre. Las vicisitudes del atravesamiento del complejo de castración determinarán las particularidades de atravesamiento del complejo de Edipo. Por tal razón el autor dirá que, tras una intensa ligazón al padre es posible sospechar, y luego verificar, una igualmente intensa ligazón de la niña a la madre en el tiempo del lazo pre-edípico.

Respecto de este lazo, Freud dirá que “el extrañamiento de la niña respecto de su madre se produce bajo el signo de la hostilidad, esta ligazón acaba en odio” (Freud, 1932, 113). Llama la atención que el odio aparezca allí como un mecanismo de separación. Sin embargo, se verá, se trata de un primer movimiento en aras del deslizamiento hacia el padre. De ningún modo efectivamente el odio podrá pensarse como una modalidad de separación. Se verá luego por qué. Lo que interesa subrayar a este nivel es precisamente que en relación con este odio el autor ubica la interminable lista de reproches y acusaciones de la hija, ya adulta, a su madre. Se trata de reproches que toman como referencia vivencias infantiles. Freud describe con precisión los mismos, ubicando la variedad de estos, y la referencia siempre necesaria del período infantil. Se trata de reproches ejercidos desde la vida adulta, pero referidos siempre a la infancia. Es en relación a ellos que sin embargo, allí ya el autor ubica con lucidez el punto en cuestión. Por más justificables que estos puedan ser en muchas ocasiones, lo cierto es que, tras los mismos parece ubicarse un fundamento de índole estructural. Freud lo dice así: “es imposible que el reproche del hijo esté justificado tantas veces como se lo encuentra” (Freud, 1932, 113). Es decir, más allá de la referencia específica y circunstancial, es posible encontrar, una razón de estructura.

Cuando Freud toma como referencia el reproche de la niña a la madre por haberla alimentado insuficientemente, el punto ahí que es subrayado no es otro que algo que queda estrictamente del

lado de la niña: su ansia insaciable. Se trata de un apetito voraz, expresado en una demanda ilimitada. Puede anticiparse ya la conclusión. Nada habrá que pueda colmar allí ese hambre. Más adelante, cuando el reproche a la madre desliza hacia el nacimiento del hermanito y las preferencias que su madre prodiga a éste, el autor se permite puntualizar con precisión: la demanda del niño es demanda de exclusividad, pero más interesante aún, carece de medida. Se trata de un punto para nada menor. Permite precisamente aventurar el lugar que vendrá a ocupar allí el significativo fálico. Por ahora, esta demanda ilimitada debe necesariamente pensarse por fuera del campo de la medida fálica.

Sin embargo, en esta investigación de la hostilidad infantil del niño por el objeto madre, Freud se aventura a conjeturar que también en el varoncito, a causa de las sucesivas reprimendas y limitaciones, el niño desarrolla por su madre una fuerte inclinación agresiva, por tanto, el autor intenta precisar qué es lo específico que, del lado de la niña, permite pensar y localizar el punto de viraje que él ubica como extrañamiento de la niña respecto de su madre. Cuál es efectivamente el punto en que la niña logra desasirse del lazo tierno, amoroso, respecto de su madre y que le permite deslizarse hacia el padre para constituirlo en su objeto de amor privilegiado. El punto específico que Freud ubicará como aquello que habilita el pivote no será otro que el complejo de castración. La especificidad estará dada por el modo en que la niña transita por el mismo a diferencia del varón.

“Que la niña admita su falta de pene no

quiere decir que se someta sin más a él” (Freud, 1932, 116). Y más adelante continúa: “Es cierto que el extrañamiento respecto de la madre no se produce de un golpe, pues la muchacha al comienzo considera su castración como una desventura personal, sólo poco a poco la extiende a otras personas del sexo, y por último, también a la madre. Su amor se había dirigido a la madre fálica; con el descubrimiento que la madre es castrada se vuelve posible abandonarla como objeto de amor, de suerte que pasan a prevalecer los motivos de hostilidad que durante largo tiempo se había ido reuniendo. Vale decir que por el descubrimiento de la falta de pene la mujer resulta desvalorizada tanto para la niña como para el varoncito...” (Freud, 1932, 117)

He aquí el hallazgo crucial que le permite a Freud despejar sin más uno de los atolladeros de la relación madre-hija sostenido en esa ligazón arcaica que el autor gusta en llamar pre-edípica. El acento está puesto no en el descubrimiento de su falta de pene -el de la niña- sino por el contrario, en el descubrimiento de esta falta en la madre. Es entonces precisamente la verificación de la castración en el lugar del Otro materno lo que le permite a la niña operar el movimiento necesario que habilitará su ligazón al padre.

Se trata entonces de la localización del punto de falta en el Otro lo que permite a la niña desasirse del amor por su madre. Sin embargo, un punto interesante es el señalamiento clínico central Freudiano. Este extrañamiento, a partir de la verificación de la falta en el Otro se produce bajo el signo de la hostilidad. El

amor acaba en odio y se instala a partir de allí la sucesión de reproches y acusaciones. He ahí un punto crucial: el descubrimiento de la castración en la madre permite un primer movimiento hacia la separación pero que no constituye en sí mismo una separación como tal. El odio efectivamente, no separa. El odio, expresado y actualizado en la interminable lista de reproches, mantiene el lazo al objeto; lo preserva al mismo como objeto de amor. Ahora, amor/odio. ¿Qué será entonces lo que le permita ubicar a Freud el movimiento efectivo de separación? En tanto los reproches constituyen un modo de desconocimiento de la castración en el Otro, el punto decisivo estará dado por el atravesamiento de los mismos, o mejor aún, por el punto de verificación de que los mismos, o bien carecen de sustento real o bien, encontrándolo, apuntan a una carencia más estructural. El reproche es ahí el elemento principal con que se vehiculiza la hostilidad que actualiza una demanda ilimitada. Esto es, el modo en que Freud caracteriza la demanda infantil -como falta de medida y de una exigencia imperativa voraz- permite fácilmente conjeturar que efectivamente, no hay con qué responder allí. Y es que no hay, precisamente porque esta demanda se erige sobre la falta estructural de un objeto adecuado que venga a colmarla. Entonces, el hallazgo será el encuentro, ya no con lo que puede leerse como capricho del Otro sino, con la falta estructural que soporta su deseo. Vale decir, no es que no quiso, sino que no hay. La de-consistencia del reproche permite ubicar la falta de fundamento del odio. El saldo, el apacigua-

miento del lazo.

Lo que separa entonces no es el odio, en continuidad lógica con el amor, sino el deseo (en tanto deseo de falo).

El pasaje al padre: privación de la madre, castración en la madre

El deslizamiento de la libido de la niña de la madre al padre está guiado por la pregnancia del falo. El hecho de que para ambos sexos, sólo desempeñe un papel un genital: el masculino (Freud, 1923). Ahora bien, este viraje sólo es posible tal como Freud mismo lo indica a partir del descubrimiento no de su propia castración -la de la niña- sino, de la castración en el lugar del Otro. Habrá que poder ubicar qué implica entonces esta castración en el lugar del Otro y qué es lo que permite localizarla como tal. Es decir, para que esta castración pueda efectivamente ser localizada en el campo del Otro hace falta una condición previa como soporte. Se verá entonces cuál es esa condición que opera por tanto primero en el lugar del Otro.

Yendo más allá del plano anecdótico en el que el autor pone el acento en la visión de los genitales de la madre, y considerando el hecho de que el extrañamiento respecto de la madre se produzca bajo el signo de la hostilidad, la cuestión central parece recaer sobre el lugar que la niña ha ocupado hasta entonces en el deseo materno -y aún más, quizás también, en relación con su goce.

Esto es, cuando Freud acentúa que el amor de la niña estaba dirigido a la madre fálica, sólo puede estar diciendo lo siguiente: el amor de la niña tomaba por objeto a la madre en tanto que la misma, tiene. Ahora bien, qué otra cosa si-

no el falo podía ser eso que la madre tenía. Y aún más, quién venía a ocupar ese lugar central para el deseo de esa madre -y aún más, quizás de su goce- sino la propia niña. Es decir que el amor de la niña por la madre se sostenía de la creencia de ser el falo para la madre. Lo que Freud logra ubicar a partir de situar la castración en la madre es precisamente no otra cosa que el punto en que la niña verifica que ella no lo es. No es el falo para su madre. Éste falta en su madre, y ella puede venir a ocupar ese lugar, tal como pueden venir otros. He ahí la aparición del odio. He ahí la razón de la cadena interminable de reproches. Pero será ese también el lugar de soporte del deseo como vía de separación posible.

Ahora bien, ¿quién o qué habilita semejante descubrimiento? Lacan a lo largo del recorrido de los seminarios 4 y 5 logra ir despejando de un modo muy preciso el punto de la intervención de un personaje central: el padre. La localización de la castración en la madre es efecto para la niña de una operación crucial que el padre -o quien duerma con la madre, en tanto sea quien la divida entre madre y mujer- logra efectuar. Se trata de una operación que acontece respecto de la madre. Una operación que recae primero sobre el Otro de la demanda. La operación de privación. Esta operación se postula así como una condición previa. Se trata de una condición necesaria y aún se diría de posibilidad lógica para que con posterioridad la niña pueda efectivamente localizar la castración en la madre. ¿Por qué? Pues porque la operación de privación recae sobre la madre en el punto en que ésta

es tomada allí como mujer. Se trata de una operación por la cual la madre como tal es dividida entre su ser madre -fálica- y su ser mujer, en tanto, es esta última condición la que se especifica precisamente por la relación al campo del no tener. Allí, la madre, en tanto tal se ve privada de falo nada menos que a partir de la intervención del hombre que la sitúa como mujer. La privación como tal efectúa una intervención de corte sobre el goce y consecuentemente, sobre el deseo.

Momento central en el que se pondrá en juego la presencia del deseo del Otro. La madre deseante hace presente una condición Otra para la niña: su condición de mujer. Es decir, la operación de privación constituye la operación fundamental que habilita la inscripción de la falta imaginaria en el campo simbólico no sólo del lado de la niña sino también y esencialmente, del lado de la madre. Sin la operación de privación como ejercicio de corte sobre el goce del lado de la madre y consecuentemente, sobre su deseo, no es posible pensar la subjetivación de la falta en la niña ni el viraje central de la localización de la falta en el campo del Otro.

La madre es una mujer a la que suponemos ya en su plenitud de las capacidades de voracidad femenina... Si la madre es esto, el falo no es pura y simplemente aquel bello objeto imaginario, pues ella se lo ha tragado hace ya algún tiempo. En otras palabras, el falo en la madre no es únicamente un objeto imaginario es también algo que cumple su función en el plano instintual... Es el inyecto... (Lacan, 1957, 212)

Efectivamente, el padre viene a instituir

allí un punto de corte. Tope al estrago de la niña devorada por la modalidad de goce fálico materno. Es precisamente esa intervención del padre imaginario sobre la madre en cuanto ella goza de la niña como siendo el falo que tiene -esto es, es precisamente porque el padre, en tanto hombre viene a situar que ella no lo tiene- que la niña podrá localizar allí la castración en el Otro.

La operación de privación del Otro materno que tiene por agente al padre imaginario efectúa entonces una operación de corte sobre el goce que retiene a la niña como objeto para la madre. Es a partir de esta operación que la niña puede entonces localizar la castración en el Otro materno, lo cual implica que ella no lo es, pero además, que no lo hay. Es decir, no sólo que ella no es el falo para su madre, sino que además, su madre está privada de tal significante.

Ahora bien, esta segunda cláusula no va de suyo. Y es que, efectivamente, a la intervención del padre imaginario, el efecto necesario que le sigue, es el desencadenamiento de la hostilidad (con la posterior y consecuente manifestación del reproche), sin embargo, no acontece sin más que efectivamente la niña pueda localizar que el punto de falta de la madre concierne a una falta real.

Es a partir de este movimiento de salida del lugar de falo materno que la niña logra deslizarse hacia el padre, ya no para serlo respecto de él, sino para pedirle tenerlo, gracias a él. Entonces, como puede seguirse del desarrollo, la operación de privación de la madre, que Lacan ubica para el varón en el segundo tiempo del Edipo, se presenta del lado de la niña como una operación lógica

anterior a la entrada de la misma en dicho complejo. Más bien, la operación de privación de la madre habilita el registro de la castración de la niña -de su propia falta- y a partir de allí, logra ubicar la castración en la madre. Es ahí con relación a esta operación que es posible ubicar la decepción que la hace virar hacia el padre.

Esta operación de privación que Lacan construye a lo largo de los seminarios 4 y 5 y que constituye una de las categorías fundamentales de la relación del sujeto a la falta implica sin duda un eje central para pensar el movimiento de constitución subjetiva de la niña que habrá o no de devenir una mujer. Efectivamente, se trata como tal de una condición lógica necesaria para que el sujeto pueda localizar la castración de su lado, y luego, como pivote fundamental, en el Otro materno. Clínicamente halla su verificación por la negativa. Sujetos estragados, o bien en un lazo amoroso con la madre que los priva de cualquier realización en el plano femenino o bien, sujetos estragados por la fase final del mismo estrago -tomados por la erotización del reproche. La operación de privación, en la niña, implica como tal la dimensión pre-edípica, de hecho, se presenta más bien como su condición de posibilidad.

Salida del estrago.

Responsabilidad del sujeto

Cuando Lacan (1969) trabaja el estrago materno lo hace con relación al efecto dañoso que puede provocar sobre el sujeto el deseo de la madre cuando, la voracidad del mismo no se deja acotar por la medida fálica -en tanto significa-

ción. Se trata de un modo de retomar aquella intuición ubicada líneas arriba en términos de inyecto. El sujeto es-tragado allí en tanto objeto -ya no de deseo sino de goce. Vale decir en este punto, el deseo regulado por la significación fálica supone no sólo la dimensión del acotamiento sino del deslizamiento y la equivocidad. La coagulación del sujeto como inyecto supone una dimensión fálica que excede la lógica de la significación y toca directamente el campo del goce.

En tal punto, la formulación del estrago como voracidad materna implica la consideración de la madre en tanto ella desconoce su propia condición femenina, en tanto no se deja privar por un hombre, rechazando su división como mujer. Desde esa perspectiva, el estrago implica desde la posición materna la renegación de la operación del padre como privador. Ahora bien, el acento está puesto allí en el Otro y el modo en que el mismo toma por objeto al sujeto, prescindiendo de la limitación que impone el falo en su vertiente de significación.

Sin embargo, con Freud es posible reubicar el acento y desplazar el eje de la cuestión hacia el lado mismo del sujeto. Esto es, el odio de la mujer -ya adulta- por su madre, no es sólo una consecuencia del extrañamiento respecto de ésta sino un modo activo de parte del sujeto en cuestión por sostener el lazo con el objeto. Una suerte de erotización del reproche, ahí donde el mismo permite escamotear la castración y hacer por ella lugar a la separación inexorable. Tal como Freud postula (1915) la responsabilidad del corte queda ubicada del lado del sujeto. El desasimiento

libidinal es responsabilidad de la hija. Es la niña y luego la mujer quien tiene que asumir allí la posición de desligazón. Renunciar al goce de estar identificada a serlo habilita la posibilidad de otro lazo. Y tal como ubica Freud (1915) es el primer movimiento en el camino hacia la femineidad -que en el texto es articulada directamente al goce sexual.

El pasaje al padre: efecto de histerización

Cuando Freud trabaja el movimiento libidinal de la niña en términos del desplazamiento de la madre al padre, ubica para el sujeto, un efecto de desplazamiento de su demanda, y por tanto, una reubicación de su deseo. El padre constituye ahora, el objeto de amor de la niña. Sobre él la misma hará recaer ahora su demanda -que como se sabe, no será otra cosa que una demanda de amor. Cuando Lacan (1955) trabaja la pregunta de la histeria por la consistencia del ser femenino, aborda el historial Freudiano en el que Dora entabla junto a su Otra el papel protagónico del drama. Es precisamente en ese seminario el lugar en el que el autor logra ubicar de modo muy preciso el efecto de histerización que para la niña, que habrá o no de devenir mujer, entraña el lazo al padre. Y es que, efectivamente, el mismo comporta, un rodeo necesario que aporta una respuesta crucial. El pasaje por el padre para la niña permite si no desplegar, al menos, cortocircuitar, la pregunta por la posición femenina. Así, por la vía de la identificación imaginaria al padre, la histeria logra encontrar un modo viril de ser mujer. ¿Cómo lo consigue? Pues no de otro modo que siguiendo las vías

del deseo del padre. La histérica se rige aquí por una pregunta que antecede la pregunta por el ser: la pregunta por el deseo en el lugar del Otro. ¿Qué desea el padre? Respuesta: una mujer. ¿Y qué es ser una mujer? Responde allí con los rasgos de esa Otra que causa el deseo del padre. Se entiende que -tal como plantea Lacan, preguntarse por el ser de una mujer, implica precisamente la posición viril.

Sin embargo, esta virilización imaginaria del deseo no entraña aún la virilización mayor del mismo que, a la altura del seminario 5 (Lacan, 1957) quedará vinculada a la identificación a las insignias del padre -pero esta vez sí, con un efecto de transformación del deseo sostenido en el Ideal del yo, tomado de los emblemas paternos. Por ahora, a la altura del seminario 3 Lacan simplemente se encuentra siguiendo el rodeo imaginario de la histeria para encontrar un acercamiento al misterioso objeto femenino.

Allí una mujer es Otra, y lo interesante del planteo para Lacan radica en poder ubicar que la histeria no puede hacer de esa Otra una división fundamental de sí. La histeria pretende interrogar a esa Otra desde una posición que no es otra que la de la identificación viril. Será precisamente, el despliegue de la pregunta en la interrogación del síntoma lo que le permita finalmente a la histeria acceder a la condición femenina, Otra para sí misma.

Pero para ello, la histeria deberá soltarse del padre. A la altura del Edipo, el lazo al padre es un lazo necesario: un rodeo sin el cual, el acceso a la femineidad se ve seriamente obstaculizado. No obstante, este rodeo, necesario, será

luego -o deberá ser- necesariamente abandonado.

Los tres tiempos del Edipo en la niña: operaciones

En *El Seminario 5* Lacan (1957) plantea tres modos diversos de presentarse la envidia del pene en la niña a lo largo de la evolución del complejo de Edipo. Resulta interesante con relación a este desarrollo verificar que la primera modalidad de presentación de la envidia del pene queda enteramente comprendida en el tiempo preliminar de la instalación del complejo de Edipo. Se trata de la presentificación de la envidia por la vía del complejo de castración: anhelo del falo imaginario.

Ahora bien, cuando Lacan trabaja a esa altura la castración, la misma es pensada ya desde el seminario anterior como una de las categorías de la falta de objeto. Cuál es aquí el objeto faltante. Pues no otro que el falo, el falo en tanto imaginario. Ahora bien, cuál es allí la categoría de esa falta: se trata de una falta simbólica. Esto es, el falo, en su estatuto de objeto faltante designa una ausencia por oposición a una presencia. En principio, se dirá, se trata aquí de lo que la niña no tiene por oposición a aquello que sí tiene el niño, los otros, e incluso, su madre. La falta simbólica, de este objeto imaginario es algo que afecta el campo de la significación imaginaria del tener. El menos se inscribe entonces simbólicamente del lado de la niña: ella no tiene. Se instala el anhelo de tener (un pene). Lacan le da a este anhelo estatuto de fantasma.

Con la localización de la falta del lado del Otro, se vuelve posible para la niña

el pasaje hacia el padre. Cuando este último personaje entra en escena cobra -a partir de la inscripción simbólica del falo imaginario como faltante- una importancia central. Aquí el padre interviene en su carácter real. Pasa a constituir desde entonces el destinatario privilegiado de la demanda de la niña. Tal demanda vehiculará no otra cosa que el deseo de pene. Resulta en este punto interesante subrayar el modo en que Lacan (1957) releva esta segunda modalidad de presentación de la envidia del pene en la niña. El autor habla allí de deseo del pene real del padre (Lacan, 1957, 285) y la consecuente aparición de la frustración como una de las categorías en las que se hace patente la falta de objeto.

Este deseo se ve frustrado lógicamente como fácticamente por lo que se produce desde allí el deslizamiento de la libido dentro del campo de significaciones imaginarias gracias a la intervención del orden simbólico. El deseo de la niña, merced a la significación que introduce el falo, se desliza ahora del pene al hijo, como sustituto simbólico de aquel. El deseo de hijo se dirige entonces al padre como demanda de resarcimiento. Y es aquí donde entra en juego la tercera modalidad de presentación de la falta de objeto: la privación.

Aquí esta vez la privación recae como tal sobre la niña. El padre priva a la niña de un objeto simbólico (el hijo como sustituto del pene). La falta que se instituye es real. Es esta operación la que implica la salida de la niña del Edipo en tanto habilita como tal un primer movimiento de desligazón de la niña respecto del falo. La operación de privación

constituye de aquí en más el signo bajo el cual queda marcada la relación del sujeto femenino a la falta de objeto. La falta que se inscribe de su lado es real. Real implica aquí que no hay significante -fálico, si quiera- que pueda suturarla. De aquí en más, a partir de situar sobre el final del Edipo la operación de privación, Lacan sienta las bases para pensar luego la posición femenina como situada no-toda respecto del falo. No toda que valdrá tanto respecto del tenerlo como del serlo.

Resulta interesante el modo en que Lacan trabaja la operación de privación que recae sobre la niña a la altura de los Seminarios 5 y 6. Más bien, es en *El Seminario 5* en donde el autor destaca la privación como ese momento que sigue al de la frustración. Aquí el padre interviene en cuanto poseedor de pene. El deseo inicial de pene es sustituido por el de hijo. Ambos deseos se ven igualmente decepcionados. El deseo de tener un pene real afronta la frustración. El deseo simbólico de tener un hijo del padre que venga a suturar allí la falta choca con la imposibilidad del mismo. He ahí el momento fundamental de la privación como redoblamiento de la frustración inicial que acompañó los primeros tiempos de la niña en el Edipo. En lo que hace al momento de privación que marca la salida del Edipo para la niña, se trata de una operación que afecta a un deseo. Lacan lo postula bastante claramente: "...la privación del deseo no es que apunte a algo real sino a algo que puede ser pedido" (1957, 308), ubicando allí la dimensión simbólica fundamental del objeto denegado. Y más adelante de hecho prosigue: "es en el plano

de la demanda donde el sujeto ve rehusado su deseo" (1957, 308). La privación afecta a la niña en tanto sujeto que soporta una demanda que vehiculiza un deseo. Es respecto de este deseo, llevado al plano de la demanda, que la privación opera instituyendo el no.

Salida del Edipo: trabajo de duelo por el falo

Es precisamente con relación a este momento de privación que Lacan (1957) ubica una de las vicisitudes posibles en la salida del Edipo: la identificación al padre en sus insignias -es decir, a nivel de los emblemas de su virilidad. Se trata como tal de una identificación que afecta y reordena la estructura del deseo en juego. Ahora bien, ¿habría otra operación posible? Es decir, ¿ofrece el autor alguna otra alternativa para pensar las vicisitudes de la salida del Edipo en la niña, luego de este momento de privación, en las postrimerías mismas del complejo? Quizás recurrir a *El Seminario 6* (Lacan, 1958) y su enseñanza sobre el duelo permite encontrar las vías para pensar la operación necesaria que se abre en relación a este momento de privación.

Es decir, la privación del lado de la niña implica una tarea. Esto es, resulta necesario pensar el trabajo a ser realizado allí por la niña respecto del dolor. Tal trabajo no es otro que el trabajo mismo del duelo. El duelo implica como tal una operación respecto de la falta: se trata de la inscripción de una falta simbólica de un objeto en el registro imaginario ahí donde lo perdido, un objeto simbólico, instituyó precisamente, una falta real. Implica entonces, hacer intervenir

la castración a nivel de la instancia de privación.

Es a la altura del seminario 6 donde Lacan vincula directamente la operación de privación con relación a la función del duelo. O más precisamente, la función del duelo como aquella que permite hacer un tratamiento simbólico-imaginario de una falta que toca lo real de la estructura. Será allí donde el autor ubique el sintagma: duelo por el falo. Y es que efectivamente la operación de privación que recae finalmente sobre la niña implica como tal la realización de un trabajo. Un trabajo con relación a la pérdida del falo (Lacan, 1958).

El duelo por el falo se sostiene aquí de una doble vertiente: el trabajo sobre el dolor de no serlo y al mismo tiempo, ahora, sobre la salida del Edipo, se agrega, el dolor por no tenerlo. Ahí donde el menos ya no afecta sólo al ser -ni al tener, en su dimensión imaginaria- sino que choca contra el muro que inscribe un menos también en el campo del tener, en el registro real. El dolor por la privación del objeto simbólico. El duelo por el falo comporta entonces esta doble inscripción: el menos con relación al ser y el tener en el plano imaginario y el menos con relación al tener, en el campo real. El duelo por el falo, en esta doble vertiente, obliga entonces a considerar al objeto en cuestión en sus diversos estatutos: como falo imaginario, como falo simbólico.

Se trata de un duelo que concierne como se ve al campo de las significaciones y del don -a diferencia de lo que Lacan ubica como al pasar en el seminario 5 respecto a la prohibición de goce fálico y que aparece vinculado al es-

tado melancólico.

Lo que Lacan (1958) llama entonces el duelo por el falo puede servir para pensar esta operación de inscripción simbólico-imaginaria de algo que inicialmente había afectado los registros simbólico y real. Es decir, la operación del duelo permite ubicar una salida diversa al dolor de la privación que aquella que apela a la identificación con las insignias viriles del padre.

El duelo por el falo (Lacan, 1958) implica como se ve, un trabajo que comprende una cierta secuencia lógica. El objeto perdido allí no es otro que el falo. Hay que poder ubicar entonces, cuál es el estatuto del mismo en cada vertiente. Así, el duelo por el falo faltante, interviene en principio respecto de la significación en el campo del ser: no ser el falo; para deslizarse luego al campo del tener: no tener el falo. Se trata allí del falo imaginario. Cambia luego el estatuto del objeto. Pasaje del falo imaginario al falo simbólico. Entre tanto acontece el viraje central de la madre al padre.

La salida de la histeria

¿Puede la operación del duelo respecto del ser y el tener (el falo) en el plano imaginario, así como del duelo con relación al no tener (el falo) en el plano simbólico, extenderse hasta incluir la posición de la mascarada femenina -en su borde con la histeria- que se sostiene de ser (el falo) en su condición simbólica misma, esto es como significante del deseo? Es decir, ¿podría pensarse que la operación de duelo por el falo podría alcanzar al falo simbólico y su relación al ser en su dimensión de apariencia? Ahora bien, se entiende que aquí la

operación del duelo por el falo ya no sería simplemente una salida respecto del Edipo -y su momento final de privación- sino que implicaría una avanzada sobre la salida histérica misma. Esto es, operar un duelo respecto de la posición por la cual la histeria se ocupa en encarnar vía la apariencia la posición de ser el falo, el significante del deseo del Otro, precisamente, para rechazar avenirse luego a esa posición de ser deseable. Cuando Miller (2000), trabaja las soluciones posibles a la pregunta por el enigma de la feminidad, distingue la maternidad, del lado del tener, a diferencia de las soluciones que podrían ubicarse del lado del ser. Y en relación a estas últimas, aparecen dos opciones diversas: por un lado, la solución de la histeria, ser el falo, enajenar su falta de ser por la vía del significante del deseo del Otro. Por el otro, fabricarse un ser con la nada. (Miller, 2000, 88). Puede leerse en esta indicación una precisión fundamental: el duelo por el falo alcanza entonces también el uso que de él se haga en su estatuto simbólico y en la dimensión del ser.

Antes de que Lacan pueda formular su noción de semblante y pueda articular el uso del falo en cuanto significante del deseo con el objeto a para pensar desde allí la posición femenina, como no toda ella enlazada al falo, hay sin embargo una formulación certera a la altura del seminario 6. Se trata del lugar en el que aparece el objeto -objeto que aún no ha decantado como lo hará en años posteriores, pero que, sin embargo, a nivel de esta precocidad tiene ya su valor de certidumbre. El objeto es allí lo que introduce para el sujeto su diferen-

cia con el falo. “El objeto es el que sostiene la relación del sujeto con lo que él no es (...) eso que él no es en tanto no es el falo” (Lacan, 1958, 255).

Se trata de una formulación que, refiriéndose al falo en su estatuto imaginario, bien puede no obstante extenderse para considerar la relación del sujeto femenino al falo en su función de significante del deseo del Otro. Constituye por tanto una formulación válida para pensar esa particular ligazón al significante fálico en el sujeto femenino. Ese lazo por el cual una mujer puede hacer uso de él para volverse deseable a condición de sostener ese deseo de deseo más allá de las ataduras fálicas. El objeto es allí lo que agujerea cualquier consistencia. Aparece afortunadamente como el elemento que le indica y le recuerda, lo que pareciendo, ella no es -y habilita desde allí, la función de la causa. Por tanto el duelo por el falo puede ubicarse para la niña en cuanto a su función capital. Implica un trabajo que concierne a sucesivos desasimientos libidinales. Salida del estrago materno y desasimiento posterior respecto del amor al padre.

El duelo por el falo condensa de un modo preciso los dos movimientos cruciales que permiten pensar el devenir mujer de la niña. O quizás, para decirlo de otro modo, el duelo por el falo permite ubicar los dos cortes necesarios para que se produzca el acceso de la niña a su condición de mujer.

Conclusión

La lógica extraída de este desarrollo y la secuencia que permite pensar la subjetivación por parte de la niña de su re-

lación con la falta es la siguiente:

En principio, privación de la madre -castración en la niña. Ahí donde la primera se presenta como la condición lógica necesaria que hace intervenir, en el campo de la significación fálica -o mejor aún, de la identificación con el falo imaginario para el deseo del Otro- el objeto en otro estatuto: el falo simbólico. Es precisamente a partir de la aparición de este falo en su condición de significante que se produce la posibilidad de inscribir el objeto imaginario como faltante del lado de la niña. Entonces, la privación de la madre, posibilita la castración en la niña.

Luego, castración en la madre -privación de la niña. Sólo a partir de la localización de la falta del objeto imaginario en el plano simbólico y en el lugar del Otro posibilita a la niña el extrañamiento respecto de su madre -primer movimiento de separación que no constituye aún el desasimiento libidinal propiamente dicho- y el desplazamiento hacia el padre. Allí, el pasaje por la localización de la falta en el lugar del Otro materno habilita el giro hacia el objeto en su estatuto simbólico -y ya no sólo imaginario. La privación de la niña es precisamente la operación por la cual el sujeto es afectado por una falta real: falta el objeto simbólico demandado al padre. El padre es aquí el agente de la privación que esta vez recae sobre un objeto pedido.

El duelo por el falo constituye el trabajo que implica para la niña el movimiento de ligazón no-toda respecto del falo imaginario primero, y del falo simbólico luego. Duelo por no ser, duelo por no tener, duelo por no ser, esta vez el sig-

nificante del deseo. Movimiento este último que habilita el uso del semblante y la posición de objeto. He ahí las vicisitudes lógicas del proceso de subjetivación de la niña, eventualmente, mujer.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BAUAB, A. (2012). *Los tiempos del duelo*. Buenos Aires: Letra Viva.
- CANCINA, P. (2012). *El dolor de existir y la melancolía*. Buenos Aires: Letra Viva.
- FREUD, S. (1915). "Puntualizaciones sobre un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica". En *Obras Completas*, Vol XV, Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- FREUD, S (1916). "Conferencias de introducción al Psicoanálisis. N° 21". En *Obras Completas*, Vol XVI, Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- FREUD, S (1923). "La organización genital infantil". En *Obras Completas*, Vol XVIII, Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- FREUD, S (1932). "Nuevas Conferencias de introducción al Psicoanálisis. N° 33". En *Obras Completas*, Vol XXII, Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- LACAN, J. (1955). *El Seminario 3*, Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1956). *El Seminario 4*, Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1957). *El Seminario 5*, Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1958). "El Seminario 6". Inédito.
- LACAN, J. (1969). *El Seminario 17*, Buenos Aires: Paidós.
- MILLER, J.-A. (2000). *De mujeres y semblantes*, Buenos Aires: Cuadernos del pasador.
- MILLER, J.-A. (2005). "El niño entre la mujer y la madre". *Virtualia* N° 13. EOL.

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Dra. Psicología, Universidad de Buenos Aires. Esp. Psicología Forense (UBA). Esp. Psicología Clínica (GCBA). Lic. Psicología (UBA). Ex Concurrente Centro de Salud Mental N°3 GCABA. Ex Psicóloga Servicio Psiquiátrico Central de Mujeres (U27. SPF. Ministerio de Justicia y DDHH). Docente Psicología Jurídica II. y Psicoanálisis Freud I. Investigadora Miembro equipo UBACyT.

E-Mail: veronicallucasado@hotmail.com